

el recinto de la ciudad, la salvó a pesar de ser el rey hereje, arriano, y los francos aunque católicos tuvieron que retirarse a la Galia.

En Italia, pocos años después, los francos de Teudoberto, rey de Austrasia, lucharon contra los bizantinos, ya para sostenerse en sus plazas fuertes, ya como aliados de Totila, conforme habían convenido con éste. En el año 548 en que murió Teudoberto, murió también su general Lantacaro en Italia. Según Agatías (1), Teudoberto había tenido el pensamiento de atacar al emperador Justiniano en Tracia en unión de los gepidos y longobardos de Panonia, plan que realizó Totila.

Teudoberto escribió una carta jactanciosa, que otros atribuyen ya a Teodorico, ya a Teodebaldo, al emperador Justiniano, en la cual se alababa de haber sometido a los turíngios y exterminado a sus reyes, y de haberle reconocido como dueño la gente del Norte, los sajones y eucios, probablemente las tribus de las bocas del Rin, por manera que su dominio se extendía desde el Danubio y la Panonia hasta el Océano y comprendía de consiguiente ya entonces la Baviera.

Los únicos que entonces manejaban la pluma eran eclesiásticos y el estilo era sin excepción derivado del bizantino, es decir, ampuloso hasta el exceso; pero las alabanzas son frases vacías sin carácter individual, como puede verse en la carta del obispo Aureliano de Arles (desde el año 546 hasta 550) dirigida al rey Teudoberto (2), en la cual solo es interesante la responsabilidad que el obispo recuerda al rey que tendrá como soberano cristiano el día del juicio. Tres cartas nos ha conservado el mismo coleccionista (tomo IV, páginas 58 y 59) que unos atribuyen a Teudoberto y otros a Teodebaldo, y una de ellas hasta a Teudoberto II, porque no puede fijarse la fecha de ninguna de ellas. Una da excusas por el envío tardío de 3.000 hombres de tropas auxiliares a un patricio llamado Bregantino, por haber llegado la embajada del emperador (Justiniano) también tarde, el 22 de setiembre (sin indicar el año); entre todas hablan de tres embajadas imperiales distintas; una sola vez se menciona un regalo del emperador, y en una carta defiende el rey, no se sabe si Teodebaldo o Teodorico, a su padre contra las imputaciones de deslealtad, y hace constar que toda victoria de los francos es un adelanto del mundo católico sobre los paganos germánicos y los godos arrianos.

La fusión gradual de los francos con los galo-romanos, y cuando menos el constante contacto de estos dos elementos heterogéneos en los actos del culto, de la administración civil y de la fuerza armada, y en las relaciones sociales y económicas, debían ejercer forzosamente una influencia lenta, pero irresistible y profunda, sobre los dos pueblos; y si los francos, rudos y completamente incultos, al paso que se apropiaron algo de la civilización galo romana, se entregaron como dueños a una vida de excesos, especialmente de placeres sensuales, los galo-romanos no dejaron de adquirir también por la fuerza de las circunstancias buena parte de la ferocidad franca; y a falta de una buena administración de justicia se acostumbraron a hacérsela por su mano cuando podían, no solamente en sus contiendas y litigios con los invasores, sino también entre sí. El siguiente hecho, referido por Gregorio de Tours, dará una idea de este estado de cosas:

«Asteriolo y Secundino gozaban a la sazón de gran consideración cerca del rey, porque ambos eran instruidos y muy expertos en las ciencias retóricas; pero Secundino, enviado

(1) Escolástico Agatías, historiador bizantino que nació por el año 536 en Mirina, en Etolia, y murió por el año 582 en Constantinopla.

(2) Véase Bouquet, tomo IV, pág. 63: *Scriptores rerum Gallicarum et Francicarum*.

por el rey con frecuencia al emperador con misiones, se había vuelto altanero y hacía muchas cosas que estaban reñidas con la justicia. Esto motivó una contienda feroz entre él y Asteriolo, y de las invectivas pasaron pronto a los hechos; se agarraron y se golpearon fuertemente. El rey dirimió la disputa, pero estando todavía Secundino padeciendo las consecuencias de la reyerta, nació otra nueva entre los dos, en la cual el rey dió la razón a Secundino. Asteriolo quedó muy humillado y perdió su empleo, si bien lo recobró después de manos de la reina Visigarda; pero muerta ésta, volvióse contra él Secundino y le mató. Dejó Asteriolo un hijo y cuando éste fué adulto, meditó la manera de vengar la muerte de su padre; y tan grande fué el miedo que cobró Secundino que huyó y anduvo errante de hacienda en hacienda y cuando vió que no podía librarse de su enemigo se envenenó, según cuentan, para no caer en sus manos.»

Se ve, pues, que si había bárbaros romanizados, no faltaban tampoco galo-romanos barbarizados, y que andan muy errados los que se figuran a estos últimos afeminados y sufriendo pacientes todas las tropelías.

Véase otro caso, referido por el mismo autor, en que un galo-romano persigue a un germano:

«Siagrius, hijo del difunto obispo Desiderato, de Verdun, no podía olvidar los ultrajes que su padre había tenido que sufrir cuando Sirivaldo (será aquel Segisvaldo al cual Teodorico encargó el gobierno de Clermont-Ferrand) le delató al rey y el rey le despojó de sus bienes y le hizo maltratar de obra. Siagrius se vengó y consiguió matar a Sirivaldo del modo que vamos a decir. Siguió los pasos con una banda armada y una madrugada, en medio de una densa niebla que en aquella hora del alba no permitía conocer a nadie, llegó a una casa de campo perteneciente a Sirivaldo en el distrito de Dijon, llamado Floriacum (hoy Fleury-sur-Ouche, a cosa de nueve kilómetros de Dijon). Salíó entonces uno de los hombres de Siagrius de la casa, y creyendo los de fuera que era el mismo Siagrius le mataron, pero cuando se disponían a regresar creyendo haber conseguido su objeto, les dijo una persona de la casa que no habían muerto al amo, sino a uno de sus criados. Volvieron atrás, y buscando encontraron el cuarto donde Siagrius solía dormir, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudieron abrir la puerta; entonces derribaron un trozo de pared y acuchillaron a su víctima.»

La conversión de los francos al catolicismo había contribuido poderosamente a facilitar su fusión con la población indígena, y el sucesor del obispo Desiderato de Verdun, que asistió todavía al concilio de Orleans en el año 549, fué ya un franco, conforme indica su nombre Agirico, é hijo y vecino de la ciudad. Los germanos en general adoptaron entonces nombres latinos, griegos y bíblicos, pero a ningún latino ni galo-romano ocurría tomar un nombre germánico, a no ser quizás en un caso muy excepcional.

Poquísimos se sabe, como puede comprenderse, del gobierno interior de Teudoberto, sino que extendió también la contribución territorial a los francos, que según la antigua usanza germánica habían estado exentos hasta entonces de todo impuesto. Era un progreso y redundaba en ventaja directa del monarca enseñar a los francos, como habían enseñado ya los reyes godos en España é Italia a los dueños territoriales de su raza, la necesidad de compartir con sus conciudadanos las cargas públicas, si bien las contribuciones eran destinadas en realidad a llenar las arcas del rey. Los francos se resistieron obstinadamente a someterse a semejante innovación romana; pero como la buena ó mala administración civil que entonces se conservaba estaba necesariamente en manos de los galo-romanos, por lo menos respecto de la población indígena, ésta, gracias a su civilización y mayor capacidad, ven-

ció virtualmente, como había vencido en las provincias donde otros pueblos germánicos, como los godos, dominaban. La sujeción de los francos indómitos a estas cargas y la agregación al imperio franco de los territorios germánicos del Nordeste fueron la causa de que el elemento germánico recibiera algo de la civilización romana sin ser completamente absorbido por ella, como sucedió al elemento godo en Italia y España, y por tanto de que pudiera constituirse y sostenerse tres siglos y medio un imperio franco, origen de los estados modernos del centro de Europa. Véase el caso que refiere San Gregorio relativo a esta innovación:

«Los francos tenían grandísimo odio a Partenio (1) porque les había cargado también de contribuciones en tiempo del rey Teudoberto, y se pusieron a perseguirle. Cuando conoció el peligro que le amenazaba, abandonó la ciudad y suplicó a dos obispos con grandes instancias que le acompañaran a Tréveris y aplacaran el furor del pueblo con amonestaciones espirituales. Estando ya en camino y hallándose una noche descansando todos, exclamó soñando a grandes voces: «¡Ay de mí, ay de mí! ¡Venid los que estais aquí y ayudadme, que me muero!» Despertaron los que estaban con él y le preguntaron lo que tenía, a lo cual contestó: «Mi amigo Alesanio y mi esposa Papianila, asesinados por mí, me han llevado ante el juez diciéndome:—Ven y responde, porque entre tí y nosotros se hará justicia ante el Señor.» El caso era que algunos años atrás había dado muerte por celos a su mujer inocente y a su amigo. Al llegar después a la ciudad mencionada, alzóse tanto alboroto que los obispos no fueron oídos y escondieron a Partenio en un arcon de la iglesia extendiendo sobre él algunas ropas de las que servían para el culto. Pene-tró el pueblo en la iglesia y la registró toda, pero como no encontró al que buscaba volvió a salir lleno de coraje. Entonces uno concibió sospechas y dijo: «Mirad, allí está una arca que todavía no se ha registrado.» Pidieron, pues, la llave, y asegurando los custodios de la iglesia que dentro no había mas que alhajas del templo, los otros dijeron: «Si no la abris al instante, la haremos astillas.» Entonces abrieron el arca, quitaron las ropas, sacaron a Partenio, y diciendo con gran regocijo: «Dios ha puesto a nuestro enemigo en nuestras manos,» le dieron de puñadas, le escupieron a la cara, le ataron a una columna con las manos a la espalda y le lapidaron. Partenio había sido muy gloton y solía tomar acibar para digerir pronto lo que había comido y poder volver a comer.»

A esto añade San Gregorio otros excesos crapulosos de aquel romano. También menciona San Gregorio otros episodios de igual género en su narración, así como sucesos extraordinarios atmosféricos y otros fenómenos, según los encontraba registrados en las crónicas de las iglesias y conventos que consultó.

En el año 548 murió Teudoberto víctima de una enfermedad, aunque el historiador bizantino Agatías dice que pereció en una cacería de osos. Sucedióle su hijo Teodebaldo, que reinó hasta 555, pero no tenía el vigor de su padre ni había llegado todavía a su mayor edad cuando entró a reinar. El emperador Justiniano aprovechó estas circunstancias para exigirle la restitución de las conquistas de su padre en Italia y el cumplimiento de la promesa del auxilio armado, hecha desde tan largo tiempo, acusando a su padre de haber faltado a lo pactado solemnemente. Se ha conservado la carta contestación de Teodebaldo, en la cual defiende a su padre del cargo de infidelidad a sus promesas, y se niega a restituir nada de lo conquistado. Esta carta, que Bouquet (tomo IV, 58)

(1) Partenio era sin duda alto empleado de la corte de Teudoberto y una especie de mayordomo como los que hubo posteriormente.

atribuye a Teudoberto I y otros creen de Teudoberto II, me parece ser de Teodebaldo. De esta manera corresponde su sentido a los datos de Agatías y de Procopio relativos a Teodebaldo. De todos modos, algunos años después las guarniciones francas impidieron todavía el paso del ejército de Narsés por el territorio de Venecia, con lo cual acarrearón al gobierno bizantino notables perjuicios, según ya tuvimos ocasión de exponer en la primera parte de esta obra, y Valeriano, general bizantino a las órdenes de Narsés, tuvo que renunciar a tomar Verona.

Teya, sucesor de Totila, viendo poco menos que aniquilado el poder godo en Italia, después de la funesta derrota de Tagina, volvió a solicitar la alianza de los francos; «pero éstos, — dice Procopio, — no tenían la menor intención de hacerse matar, ni por los bizantinos, ni por los godos, y solo miraban a su interés particular, que era ganar la Italia para ellos.» Después del glorioso y desgraciado fin de Teya y de sus godos al pié del Vesubio, las bandas godas que habían quedado en el Veneto continuaron defendiéndose y se dirigieron en busca de socorro a Teodebaldo; «pero este adolecente degenerado y afeminado,» dice Procopio, «enclenque y achacoso, les negó todo auxilio.» Temió el conflicto con la corte bizantina. Dos jefes alemanes, los hermanos Leotaro y Bucelin ó Butilin (este último es probablemente el mismo que hemos ya visto figurar en Italia), que gozaban de mucha consideración entre los francos desde que habían reconocido con sus respectivas y numerosas tribus la soberanía de Teudoberto, decidieron entonces guerrear con sus hordas en Italia por su propia cuenta y de consiguiente contra los bizantinos, con lo cual de rechazo aliviaban la situación de los godos. Esta empresa de pillaje tuvo tanta aceptación entre todos los bárbaros, que los dos hermanos reunieron al instante entre alemanes y francos una hueste de 75.000 hombres, con gran disgusto del rey Teodebaldo, que de veras temía dar al emperador de Oriente pretexto para hacerle la guerra. San Gregorio cuenta muchas victorias y hazañas de estos dos jefes y de su hueste, que hasta según él conquistaron la isla de Sicilia; con lo cual demuestra el hecho interesante de que en aquella época bastaban 40 años para que la leyenda popular se apoderase de los sucesos y los desfigurara completamente. La verdad es que los expedicionarios fueron vencidos, dispersados y poco menos que exterminados completamente, incluso el ya citado jefe franco Haming, que había apoyado a los últimos godos mandados por Vidin en su resistencia postrera y desesperada. Narsés a consecuencia de estas victorias recobró para el emperador su amo todo lo que el rey franco Teudoberto se había apropiado en Italia.

Este suceso que relata Agatías es interesante para el conocimiento de la vida y costumbres de los germanos a mediados del siglo VI, porque prueba que hasta los francos conservaban su independencia individual y que su ocupación principal eran las expediciones de rapiña y destrucción, que realizaban por su cuenta cuando su jefe natural no quería acaudillarlos. Así se explica también su resistencia a todo tributo, pues no comprendían que nadie pudiera exigirle de otro hombre sino después de vencerle y someterle con las armas. A esta resistencia agregóse la de la Iglesia, que fundó la suya en otras consideraciones, y se defendió con su arma, muy eficaz y probada entonces, esgrimiéndola contra gente brutal, pero supersticiosa y sencilla, como eran todavía los francos convertidos al cristianismo.

El rey Clotacaro había impuesto a las iglesias de sus dominios, principalmente por la codicia insaciable é innata de su raza, pero acaso también para subvenir a los gastos que indudablemente debía acarrear a su tesoro el gobierno y defensa del Estado, una contribución bárbara por lo exagerada

da, sin respetar los antiguos privilegios que muchas iglesias disfrutaban por concesión de varios emperadores; pero si los francos libres se resistían a pagar contribución, ya fuese de capitación o territorial, mas resistencia ofrecían las iglesias, aunque eran grandes sus riquezas, y pronto hubo de verse que era mas fácil domeñar el pueblo franco turbulento y díscolo, que a la Iglesia, a la cual pertenecía ya el porvenir.

Oigamos sobre esto al obispo de Tours:

«El rey Clotacaro había publicado una orden mandando a todas las iglesias entregar al tesoro real la tercera parte de sus rentas. Esta orden, que habían aprobado y firmado todos los obispos, fué sin embargo rechazada varonilmente por el santo obispo Injurioso de Tours, que dijo al rey: «Si te apoderas de los bienes de Dios, muy pronto te quitará el Señor tu reino.» (este era el argumento contundente que la Iglesia sacó siempre a relucir con casi nunca desmentida eficacia, desde que Clodoveo había vencido en el momento mas crítico a los alemanes por la merced especial del Dios cristiano) «porque es infucio que tus graneros que deberían alimentar a los pobres se hayan de llenar con los recursos de los mismos pobres.» Dicho esto, se retiró indignado sin saludar siquiera al rey, el cual cobró gran miedo, temiendo sobre todo el poder de San Martin. Así fué que envió mensajeros con presentes al obispo solicitando su perdón; anuló la orden; condenó lo que había hecho y suplicó al obispo que intercediera con el santo obispo Martin para que le protegiera con sus milagros.

Cuán grande era el terror supersticioso que tenían los francos a los poderes mágicos y sobrenaturales de los santos (temor que se llamaba entonces «religion») y cuánto influía en la vida de aquel pueblo, nos lo confirma tambien respecto del devoto rey Clotacaro el historiador de los francos, San Gregorio de Tours, que sigue diciendo:

«El rey tuvo de diferentes esposas siete hijos varones: de Ingunda seis, a saber: Guntaro, Childerico, Cariberto, Gontar (o Guntegram) y Segiberto, y una hija llamada Clodisinda; de Aregunda, hermana de Ingunda, tuvo a Chilperico y de Cunsina a Gram. Véase ahora cómo se casó con la hermana de su esposa: Cuando tenía ya por esposa a Ingunda y la amaba con todo su corazón, hubo de escucharla un día para enterarse de un deseo suyo que expresó ella en estos términos: «Mi señor ha hecho con su sierva lo que ha querido y la ha admitido en su lecho: ahora, rey y señor mio, oíd lo que os suplica vuestra sierva, para completar nuestro favor. Solicito que os dignéis elegir para mi hermana, vuestra sierva, un esposo digno y acomodado, a fin de que yo, no ya rebajada por ella sino mas dignificada, os sirva aun con mayor afición que hasta aquí.» Oído esto por el rey, demasiado inclinado ya a los placeres carnales, despertósele la pasión por Aregunda; se dirigió a la quinta donde ella vivía y se casó con ella, y cuando fué ya su mujer se volvió a Ingunda y le dijo: «He trabajado todo lo posible para concederte el favor que me pediste, dulzura mia, y meditando con qué hombre rico y notable pudiese casar a tu hermana no he encontrado otro mejor que yo mismo. Sabe, pues, que la he tomado por mujer, lo cual creo no te disgustará.» Contestóle Ingunda: «Haga mi señor lo que a sus ojos está bien hecho; solo deseo que yo, su sierva, viva y goce de su merced.»

La Iglesia toleraba entonces esta poligamia, pero a medida que los sumos pontífices se vieron bastante fuertes se opusieron con energía admirable a la profanación del matrimonio cristiano y a la concupiscencia brutal de los reyes.

Guntaro, Gram y Childerico murieron en vida de su padre, y Clodisinda se casó con Alboino, rey de los longobardos.

La siguiente relación del mismo autor nos pinta el estado

intelectual y de cultura entre los bretones de la Armórica, que si bien dependientes de los reyes francos estaban regidos por sus propios jefes celtas. Al mismo tiempo es interesante ver con qué facilidad abrazaban y abandonaban cuando les convenía entonces el estado eclesiástico.

«En aquel tiempo Canao, conde (jefe) de bretones, asesinó a tres hermanos suyos, y queriendo matar tambien a Macliao hizole prender y encerrar, cargado de cadenas, en un calabozo; pero el obispo Félix de Nantes intervino y le libró de la muerte. Macliao juró fidelidad y obediencia a su hermano; pero luego, no sé por qué, pensó faltar a su juramento y Canao que lo supo volvió a perseguirle. Viéndose Macliao perdido, huyó y se acogió a la protección de otro jefe del mismo país llamado Conomor, el cual, al saber que se acercaban los hombres enviados por Canao en persecución de su hermano, ocultó a éste en una cueva estrecha subterránea y la cubrió con un túmulo de tierra al estilo del país, dejando solo un agujero para que el recluso pudiese respirar. Cuando llegaron los perseguidores se les dijo: «Mirad, aquí yace Macliao muerto.» Esta noticia les alegró mucho; celebraron regocijos sobre el túmulo y llevaron este mensaje al hermano. Desde la muerte de Clodoveo estaban los bretones sometidos a los francos y sus jefes se llamaban condes, en lugar de reyes. Macliao salió de su escondrijo y marchó a la ciudad de Vannes, donde se hizo rapar la cabeza (quiere decir que entró en la carrera eclesiástica) y fué despues consagrado obispo; pero cuando hubo muerto Canao apostató, dejó crecer sus cabellos, volvió a tomar su mujer, a quien había dejado cuando entró en la Iglesia, y sucedió a su hermano; pero no permitió que se eligiera otro obispo en su lugar para la silla de Vannes; los demás obispos le excomulgaron.» Sigue San Gregorio refiriendo la muerte del apóstata, ocurrida en el año 569, despues de cometer otra felonía menos excusable que la primera.

Para formarse idea cabal de la Francia bajo el gobierno de los merovingios es preciso conocer la vida social y el estado de cultura de aquella sociedad, en particular el estado y la vida del clero, que tanta influencia directa e indirecta tenía en el gobierno y en la conducta política y privada de los reyes como en la vida del pueblo. Para esto tenemos en el obispo de Tours un guía tan sincero como ingenuo, y tanto mas exacto cuanto mas cercana de su tiempo (nació en el año 538) está la época de que trata; de suerte que sería una falta imperdonable el privar a nuestros lectores de las descripciones vivas de este autor:

«En aquel tiempo dejó este mundo, como ya dijimos antes, el santo obispo (1) Quinciano, y con el concurso del rey fué agraciado San Galo con la silla episcopal de Clermont-Ferrand (2).» De lo que precede puede inferirse que la anuencia o la aprobación del rey era necesaria para legitimar la elección de los obispos, y, como ya hemos visto, los reyes cuando les convenía los nombraban tambien directamente. Pero sigamos el relato de nuestro autor:

«Asoló entonces aquella epidemia, llamada la peste, muchos países y principalmente la Provenza arlesiana, que tenía a Arles por capital (3).

(1) En su obra: *Vita Patrum*, cap. III.

(2) San Galo era tío de San Gregorio, a quien había dado la primera educación. San Gregorio en la *Vida de los Padres* incluye tambien la de su tío.

(3) Se trata de la peste negra, que entonces hizo su primera aparición en Europa y la asoló por espacio de cincuenta años. A San Gregorio de Tours se debe la mejor descripción de este azote, que es una mezcla del tifus y del ántrax o carbunco. Manifestábase principalmente en las ingles y los sobacos, por cuya razón se llamaba tambien *lues inguinaris* y *peste justiniana*, porque vino del Asia a Europa por el imperio bizantino y los puertos del Mediterráneo.

«San Galo no temía tanto por sí como por su grey, y como no cesaba ni de noche ni de día de suplicar al Señor que no le dejase ver en vida que la peste arrebatara su grey, se le apareció en una visión nocturna el ángel del Señor, vestido de blanco y los cabellos blancos tambien como la nieve, y le dijo: «Haces bien, obispo, en rogar a Dios por tu pueblo, porque tus oraciones han sido escuchadas, y ni tú ni tu grey os vereis atacados de la peste, y en vida tuya nadie en esta comarca será víctima de esta plaga.» Con siguiente, no temas ahora, pero sí pasados ocho años.» Con esto quedó dicho claramente que pasado este tiempo el obispo dejaría este mundo terrenal. Cuando Galo hubo despertado dió gracias al Señor por el consuelo que le había enviado con aquel celeste mensajero. Entonces ordenó rogativas públicas y una peregrinación a pie y cantando letanías, en mitad de la cuaresma, a la basílica de San Julian, distante 360 estadios (1). Apenas hubo decretado esto cuando se encontraron señaladas cruces en todas las casas e iglesias y el vulgo las atribuyó al mismo San Julian. La peste asoló otras comarcas, pero no tocó, segun hemos dicho, a la ciudad de Clermont-Ferrand, gracias a la intercesión de San Galo, y yo considero como grandísima merced que este santo pastor de la grey no tuvo que ver morir a sus ovejas a quienes el mismo Señor protegía.

«Cuando Galo hubo expirado y su cadáver hubo sido lavado y depositado en la iglesia, fué aclamado obispo al instante el cura Caton por todo el clero y en seguida se apoderó de todos los bienes de la iglesia como si fuese ya obispo; despidió a los administradores y a los criados y gobernó todo por sí solo. Los obispos que habían acudido para sepultar a San Galo, dijeron a Caton, despues de cumplir este deber: «Vemos que la mayor parte del pueblo te ha elegido; ven, pues, queremos bendecirte y consagrar te obispo, porque el rey (que era Teodebaldo) es todavía niño, y si algun cargo se te hiciese, te tomaremos bajo nuestra protección y hablaremos con los grandes y notables de los dominios del rey a fin de que no padezcas daño. Confía completamente en nosotros: te respondemos de todo, y si a pesar de todo te resultare algun perjuicio, te lo resarciremos de nuestros propios recursos.» Caton, henchido de orgullo, les contestó: «Bien sabeis, porque en todas partes es notorio, cómo desde un principio he sido siempre devoto: he ayunado asiduamente; mi placer ha sido hacer limosnas, y he pasado frecuentemente muchas noches seguidas en vela recitando salmos. Por esto no permita Dios, a quien he servido así, que se me prive de la ordenación, porque canónicamente he alcanzado todos los grados de mi carrera eclesiástica: fui lector diez años, serví cinco años de subdiácono, quince años de diácono y veinte años hace que soy sacerdote. Ahora solo me falta que reciba la ordenación de obispo, que con mis servicios siempre fiel tengo tan bien merecida. Volved, pues, a vuestras ciudades y proceded como os convenga, porque yo no quiero obtener esta dignidad sino canónicamente (2).» Cuando los obispos oyeron esto maldijeron su petulancia vanidosa y se retiraron.

«Caton, entretanto, elegido obispo con la aprobación del clero, aunque no ordenado, gobernó como tal y profirió diferentes amenazas contra el arcediano Cautino, diciéndole: «Te destituiré, te humillaré y te angustiaré por todos los medios;» a lo cual éste le contestó: «Señor, solo deseo merecer tu benevolencia, y si la consigo, te haré tambien un favor: iré al rey, sin que tengas que incomodarte tú y sin nin-

(1) 72 kilómetros aproximadamente dista Clermont-Ferrand de Brioude (Brivas), donde hoy todavía existe la iglesia de San Julian, pero no la misma que conoció San Gregorio, sino otra construida en estilo bizantino en el siglo XI o XII.

(2) Quería decir con todas las formalidades legales, con la aprobación del soberano.

guna segunda intención de mi parte, para conseguir que te reconozca como obispo; y no pido mas recompensa que tu protección;» pero Caton, que recelaba alguna mala partida, rechazó este ofrecimiento con desprecio. Cautino, viéndose despreciado y mirado con desconfianza, se fingió enfermo y aquella noche salió de la ciudad y fué a participar al rey el fallecimiento de San Galo. Cuando el rey y los que estaban con él oyeron su relación, el rey reunió al clero cerca de la ciudad de Metz y nombró al arcediano Cautino obispo (de Clermont-Ferrand). Despues llegaron los enviados de Caton con igual solicitud a favor de éste, pero era ya tarde. El rey mandó entregar a Cautino todo lo que el clero había declarado como perteneciente a la iglesia; dió orden al clero de reconocerle como su superior; nombró a los obispos y consejeros reales que habían de acompañar a Cautino a su diócesis, y Cautino llegó con ellos a Clermont-Ferrand, donde fué bien recibido e instalado por el clero y los vecinos. Grande fué la hostilidad que se declaró entonces entre él y el cura Caton, que de ninguna manera quiso someterse a Cautino. El mismo clero se dividió: unos reconocieron por obispo a aquél y otros a éste, con gran perjuicio de los primeros, porque cuando Cautino vió que no podía hacerse obedecer retiró a Caton y a sus partidarios lo que cobraban de la iglesia, dejándoles así sin recursos y en la miseria, si bien a los que se arrepintieron y le reconocieron por superior restituyó lo que habían perdido.

«Cuando Teodebaldo hubo llegado a la edad regular casóse con Vuldetrada (3). Era, segun fama, hombre de instintos perversos, y se dice que inventó la siguiente fábula que contó a un sujeto de quien sospechaba que le había defraudado: «Una serpiente encontró un cántaro de vino; introdujose por la boca del cántaro y se bebió con avidez el contenido, pero se hinchó tanto que no pudo volver a salir. En esto llegó el propietario del vino y cuando vió los inútiles esfuerzos de la serpiente, le dijo: «Restituye lo que te has tragado y entonces saldrás y serás libre.» Con esta fábula causó gran miedo y excitó contra sí mucho odio.

«En tiempo de este rey vimos racimos en un saúco (4) sin que hubiese junto a él vid alguna. Las flores de este árbol, que como se sabe produce bayas negras, dieron uvas. Tambien se vió entonces penetrar en el disco de la luna, en la quinta noche despues de la luna nueva, una estrella del lado opuesto. Yo creo que estos signos anunciaron la muerte del rey, pues enfermó y no podía valerse de sus miembros inferiores, e impedido de esta manera murió en el séptimo año de su reinado. Heredó el reino Clotario (Clotacaro), el cual se quedó con Vuldetrada, la viuda de Teodebaldo (como antes se había quedado con Gunteuca), pero amonestado duramente por los obispos, la dejó y la dió al duque Garivaldo (de Baviera, de lo cual se infiere que los bávaros estaban ya entonces bajo el dominio de los reyes francos).

«En este mismo año se rebelaron algunos distritos de los sajones, no sabemos cuáles. El rey Clotario llevó allí su huerte y asoló la mayor parte de su territorio, en cuya ocasión atravesó y asoló tambien toda la Turingia porque los turingios habían prestado auxilio a los sajones.

«Cuando murió en Tours el obispo Gunterio (ya aparecen francos revestidos de esta dignidad) fué propuesto para esta silla, a instancias del obispo Cautino segun se dice, el cura Caton, y con este fin fueron con gran pompa a Clermont-

(3) Hija segunda de Wajo, rey de los longobardos, y hermana de Visigarda, esposa de Teodeberto III. Véase *Paulus Diaconus*.

(4) San Gregorio refiere recuerdos de su niñez, porque cuando murió Teobaldo tenía ya 17 años cumplidos, pues que nació en el año 538. El caso es que desde tiempo remoto se daba color al vino con el jugo de las bayas del saúco.